

Amado Nervo

La amada
inmóvil



LA AMADA INMÓVIL

Amado Nervo

Presentación

El 31 de agosto de 1901 Amado Nervo conoció en París, en una calle del Barrio Latino, a Ana Cecilia Luisa Dailliez, quien se convertiría en el amor de su vida. De hecho, esta mujer se convirtió en su amor secreto, su musa enjaulada. Así lo confirma el hecho de que, al ser nombrado segundo secretario de la embajada de México en Madrid, Nervo se instaló con Ana Cecilia en el piso segundo izquierdo del número 15 de la madrileña calle de Bailén, donde ni los porteros de la casa supieron de la existencia de esa mujer. El 17 de diciembre de 1911, Ana Cecilia contrajo una fiebre tifoidea que le provocó una lenta agonía, también secreta, ya que Nervo la atendió a escondidas, hasta la noche del 7 de enero de 1912 en que murió su musa. La amada inmóvil es el poema que nació esa noche en que Nervo veló en soledad el cadáver de quien fue su amada.

Se conserva en Madrid una placa en el edificio de la calle de Bailén y en el nicho 213 del cementerio de San Lorenzo y San José, donde el poeta mandó sepultar a su amada inmóvil. La lápida de mármol era visible al otro lado del río Manzanares, desde donde «el fraile de los suspiros, celeste anacoreta», como lo llamó Rubén Darío, siguió viviendo su secreto amor. Tales sentimientos se ven reflejados en este volumen, homenaje adolorido de uno de nuestros más reconocidos poetas a la mujer que él consideró *«ornamento de mi soledad, alivio de mi melancolía, flora de mi heredad modesta, dignidad de mi retiro, lamparita santa y dulce de mis tinieblas»*

En memoria de Ana

Encontrada en el camino de la vida

el 31 de agosto de 1901.

Perdida —¿para siempre?— el 7 de enero de 1912.

Ofertorio

Deus dedit, Deus abstulit

D IOS MÍO, YO TE OFREZCO MI DOLOR:

¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!

Tú me diste un amor, un solo amor,

¡un gran amor!

Me lo robó la muerte...

y no me queda más que mi dolor.

Acéptalo, Señor:

¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

¿Llorar?, ¿por qué?

E STE ES EL LIBRO DE MI DOLOR:

lágrima a lágrima que formé;

una vez hecho, te juro, por

Cristo, que nunca más lloraré.

¿Llorar? ¿Por qué?

Serán mis rimas como el rielar

de una luz íntima, que dejaré

en cada verso; pero llorar,

¡eso ya nunca! ¿Por quién? ¿Por qué?

Serán un plácido florilegio

un haz de notas que regaré

y habrá una risa por cada arpegio,

¿Pero una lágrima? ¡Qué sacrilegio!

Eso ya nunca. ¿Por quién? ¿Por qué?

Más que yo mismo

¡O H, VIDA MÍA, VIDA MÍA!,

agonicé con tu agonía

y con tu muerte me morí.

¡De tal manera te quería,

que estar sin ti es estar sin mí!

Faro de mi devoción,

perenne cual mi aflicción

es tu memoria bendita.

¡Dulce y santa lamparita

dentro de mi corazón!

Luz que alumbra mi pesar

desde que tú te partiste

y hasta el fin lo ha de alumbrar,

que si me dejaste triste,

triste me habrás de encontrar.

Y al abatir mi cabeza,

ya para siempre jamás,

el mal que a minarme empieza,

pienso que por mi tristeza
tú me reconocerás.
Merced al noble fulgor
del recuerdo, mi dolor
será espejo en que has de verte,
y así vencerá a la muerte
la claridad del amor.
No habrá ni coche ni abismo
que enflaquezca mi heroísmo
de buscarte sin cesar.
Si eras *más que yo mismo*,
¿cómo no te he de encontrar?
¡Oh, vida mía, vida mía,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí!
De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí.

Gratia Plena

T ODO EN ELLA ENCANTABA, TODO EN ELLA ATRAÍA:

su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...

El ingenio de Francia de su boca fluía.

Era *llena de gracia*, como el Avemaría;

¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,

rubia y nevada como margarita sin par,

al influjo de su alma celeste amanecía...

Era llena de gracia, como el Avemaría;

¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad la investía

de no sé qué prestigio lejano y singular.

Más que muchas princesas, princesa parecía:

era llena de gracia, como el Avemaría;

¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía

dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,

y cadencias arcanas halló mi poesía.

Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!
¡Cuánto, cuánto la quise! ¡Por diez años fue mía;
pero flores tan bellas nunca pueden durar!
¡Era llena de gracia, como el Avemaría;
y a la Fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

¡Puella mea!

MUCHACHITA MÍA,

gloria y ufanía

de mi atardecer,

yo sólo tenía

la santa alegría

de mi poesía

y de tu querer.

¿Por qué te partiste?

¿Por qué te fuiste?

Mira que estoy triste,

triste, triste, triste,

con tristeza tal

que mi cara mustia

deja ver mi angustia

como si fuera de cristal.

Muchachita mía,

¡qué sola, qué fría

te fuiste aquel día!

¿En qué estrella estás?

¿En qué espacio vuelas?

¿En qué mar rielas?

¿Cuándo volverás?

—¡Nunca, nunca más!

Su trenza

BIEN VENGA, CUANDO VINIERE,

la Muerte; su helada mano

bendeciré si hiere...

He de morir como muere

un caballero cristiano.

Humilde, sin murmurar,

¡oh Muerte! me he de inclinar

cuando tu golpe me venza;

¡pero déjame besar,

mientras expiro, su trenza!

¡La trenza que te corté

y que, piadoso guardé

(impregnada todavía

del sudor de su agonía)

la tarde en que se me fue!

Su noble trenza de oro:

amuleto ante quien oro,

ídolo de locas preces,

empapado por mi lloro
tantas veces..., tantas veces...
Deja que, muriendo, pueda
acariciar esa seda
en que vive aún su olor:
¡Es todo lo que me queda
de aquel infinito amor!
Cristo me ha de perdonar
mi locura, al recordar
otra trenza, en nardo llena,
con que se dejó enjugar
los pies por la Magdalena...

Escamoteo

CON TU DESAPARICIÓN

es tal mi estupefacción,
mi pasmo, que a veces creo
que ha sido un *escamoteo*,
una burla, una ilusión;
que tal vez sueño despierto,
que muy pronto te veré,
y que me dirás: «¡No es cierto,
vida mía, no me he muerto;
ya no llores..., bésame!».

¿Qué más me da?

In angello cum libello

KEMPIS

¡CON ELLA, TODO; SIN ELLA, NADA!

Para qué viajes,

cielos, paisajes,

¡Qué importan soles en la jornada!

Qué más me da

la ciudad loca, del mar rizada,

el valle plácido, la cima helada,

¡si ya conmigo mi amor no está!

Qué más me da...

Venecias, Romas, Vianas, Parises:

bellos sin duda; pero copiados

en sus celestes pupilas grises,

¡en sus divinos ojos rasgados!

Venecias, Romas, Vianas, Parises,

qué más me da

vuestra balumba febril y vana,

si de mi brazo no va mi Ana,

¡si ya conmigo mi amor no está!

Qué más me da...

Un rinconcito que en cualquier parte me

preste abrigo;

un apartado refugio amigo

donde pensar,

un libro austero que me conforte;

una esperanza que sea norte

de mi penar,

y un apacible morir sereno,

mientras más pronto más dulce y bueno:

¡qué mejor cosa puedo anhelar!

¡Quién sabe por qué!

PERDÍ TU PRESENCIA,

pero la hallaré;

pues oculta ciencia

dice a mi conciencia

que en otra existencia

te recobraré.

Tú fuiste en mi senda

la única prenda

que nunca busqué;

llegaste a mi tienda

con tu noble ofrenda,

¡quién sabe por qué!

¡Ay!, por cuánta y cuánta

quimera he anhelado

que jamás logré...,

y en cambio, a ti, santa,

dulce bien amado,

te encontré a mi lado,

¡quién sabe por qué!

Viniste, me amaste;

diez años me amaste;

diez años llenaste

mi vida de fe,

de luz y de aroma;

en mi alma arrullaste

como una paloma,

¡quién sabe por qué!

Y un día te fuiste:

¡Ay triste!, ¡ay triste!;

pero te hallaré;

pues oculta ciencia

dice a mi conciencia

que en otra existencia

te recobraré.

Mi secreto

¿MI SECRETO? ¿ESTOY PERDIDO
de amores por un ser desaparecido,
por un alma liberta,
que diez años fue mía, y que se ha ido...

¿Mi secreto? te lo diré al oído:

¡Estoy enamorado de una muerta!

¿Comprendes, tú que buscas los *visibles*
transportes, las reales, las tangibles
caricias de la hembra, que se plasma
a todos tus deseos invencibles
ese imposible de los imposibles
de adorar a un fantasma?

¡Pues tal mi vida es y tal ha sido
y será!

Si por mí solo ha latido
su noble corazón, hoy mundo y yerto,
¿he de mostrarme desagradecido
y olvidarla, no más porque ha partido,

y dejarla, no más porque se ha muerto?

Metafisiqueos

¡DE QUÉ SIRVE AL TRISTE LA FILOSOFÍA!

Kant o Schopenhauer o Nietzsche o Bergson...

¡Metafisiqueos!

En tanto, Ana mía,

te me has muerto, y yo no sé todavía

dónde ha de buscarte mi pobre razón.

¡Metafisiqueos, pura teoría!

¡Nadie sabe nada de nada: mejor

que esa pobre ciencia confusa y vacía,

nos alumbra el alma, como luz del día,

el secreto instinto del eterno amor!

No ha de haber abismo que ese amor no ahonde,

y he de hallarte. ¿Dónde? ¡No me importa dónde!

¿Cuándo? No me importa..., ¡pero te hallaré!

Si pregunto a un sabio, «¡Qué sé yo!», responde.

Si pregunto a mi alma, me dice: «¡Yo sé!»

Unidad

NO, MADRE, NO TE OLVIDO;

mas apenas ayer ella se ha ido,

y es natural que mi dolor presente

cubra tu dulce imagen en mi mente

con la imagen del otro bien perdido.

Ya juntas viviréis en mi memoria

como oriente y ocaso de mi historia

como principio y fin de mi sendero,

como nido y sepulcro de mi gloria;

¡pues contigo nací, con ella muero!

Ya viviréis las dos en mis amores

sin jamás separaros;

pues, como en un matiz hay dos colores

y en un tallo dos flores,

¡en una misma pena he de juntaros!

El fantasma soy yo

Vivants, vous êtes des fantômes.

C'est nous qui sommes les vivants!

V. H.

MI ALMA ES UNA PRINCESA EN SU TORRE METIDA,

con cinco ventanitas para mirar la vida.

Es una triste diosa que el cuerpo aprisionó.

Y tu alma, que desde antes de morirte volaba,

es un ala magnífica, libre de toda traba...

Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

¡Qué entiendo de las cosas! Las cosas se me ofrecen,

no como son de suyo, sino como aparecen

a los cinco sentidos con que Dios limitó

mi sensorio grosero, mi percepción menguada.

Tú lo sabes hoy todo...; ¡yo, en cambio, no sé nada!

Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

Tres meses

MI AMADA SE FUE A LA MUERTE,

partió al Misterio mi amada;

se fue una tarde de invierno;

iba pálida, muy pálida.

Ella que, por su color,

gloriosamente rosada,

parecía un ser translúcido

iluminado por llama

interna...

¡Qué lividez

aquella, la de mi Ana,

y qué frialdad! ¡Si tenía

hasta las trenzas heladas!

¡Se fue a la Muerte, que es

nuestra Madre, nuestra Patria

y nuestra sola heredad

tras este valle de lágrimas!

Hoy hace tres meses justos

que se la llevaron trágicamente
inmóvil, y recuerdo
con qué expresión desolada
se plañía entre los árboles
el viento del Guadarrama.

¡Tres meses de viaje! ¡Nunca
fue nuestra ausencia tan larga!

Noventa días sin verla,
y sin una sola carta...

Abismo de los abismos,
distancias de las distancias,
hondura de las honduras,
muralla de las murallas,
¿dónde tienes a mi muerta?

¡Dámela! ¡Dámela! ¡Dámela!

¡En vano en la noche lóbrega
suena y resuena la aldaba
con que llamo a la gran puerta
del castillo que se alza
en la cima misteriosa

de la fúnebre montaña!
Cierto, detrás de esa hostil
fortaleza, alguien se halla...
Se adivina no sé qué,
un confuso rumor de almas...
De fijo nos oyen, pero
nadie nos responde nada,
y resuena solamente,
con vibraciones metálicas,
en los ámbitos inmensos
el golpazo de la aldaba.
Hoy hace tres meses justos
que se la llevaron, trágicamente
inmóvil, y recuerdo
con qué expresión desolada
se plañía entre los árboles
el viento del Guadarrama;
y recuerdo también que
al cruzar por las barriadas
de Madrid me sollozó

una tétrica gitana:

»Señorito, una limosna

por la difunta de su arma»

Hugueana

¡AY DE MÍ! CUÁNTAS VECES, ARROBADO

en la contemplación de una quimera,

me olvidé de la noble compañera

que Dios puso a mi lado.

—¡Siempre estás distraído! —me decía;

y yo, tras mis fantasmas estelares,

por escrutar lejanos luminares

el íntimo lucero no veía.

Qué insensatos antojos

los de mirar, como en tus versos, Hugo,

las estrellas en vez de ver sus ojos,

desdeñando, en mi triste desatino,

la cordial lucecita que a Dios plugo

encenderme en la sombra del camino...

Hoy que partió por siempre del amor mío,

no me importan los astros, pues sin ella

para mí el universo está vacío.

Antes, era remota cada estrella:

hoy, su alma es la remota, porque en vano

lo buscan mi mirada y mi deseo.

Ella, que iba conmigo de la mano,

es hoy lo más lejano:

los astros están cerca, pues los veo.

Quando dios lo quiera

SANTA FLORECITA, CELESTIAL RENUEVO,

que hiciste mi alma una primavera,

y cuyo perfume para siempre llevo:

¿Cuándo en mi camino te hallaré de nuevo?

—¡Cuándo Dios lo quiera, cuando Dios lo quiera!

—¡Qué abismo tan hondo! ¡Qué brazo tan fuerte

desunirnos pudo de tan cruel manera!

Mas ¡qué importa! Todo lo salva la muerte

y en *otra ribera* volveré yo a verte...

¡En otra ribera..., sí! ¡Cuando Dios quiera!

Corazón herido, corazón doliente,

mutilada entraña: si tan tuya era

(carne de tu carne, mente de tu mente,

hueso de tus huesos), necesariamente

has de recobrarla... —¡Sí, cuando Dios quiera!

Le trou noir

Y TODOS LOS MODERNOS SOBREENTIENDEN,
quienes más, quienes menos,
esa inmortalidad del otro lado
del agujero negro.

FLAUBERT: Correspondence

¡Para el que sufre como yo he sufrido,
para el cansado corazón ya huérfano,
para el triste ya inerme ante la vida,
bendito agujero negro!

¡Para el que pierde lo que yo he perdido
(luz de su luz y hueso de sus huesos),
para el que ni recobra ya ni olvida,
bendito agujero negro!

¡Agujero sin límites, gigante
y medroso agujero,
cómo intriga a los tontos y a los sabios
la insondabilidad de tu misterio!

¡Mas si hay alma, he de hallar la suya errante;

si no, en la misma nada fundiremos
nuestras áridas bocas, ya sin labios,
en tu regazo, fúnebre agujero!

Todo inútil

INÚTIL ES TU GEMIDO:

no la mueve tu dolor.

La muerte cerró su oído

a todo vano rumor.

En balde tu boca loca,

la suya quiere buscar:

Dios ha sellado su boca:

¡ya no te puede besar!

Nunca volverás a ver

sus amorosas pupilas

en tus veladas arder

como lámparas tranquilas.

Ya sus miradas tan bellas

en ti no se posarán:

Dios puso la noche en ellas

y llenas de noche están...

Las manos inmaculadas

le cruzaste en su ataúd,

y estarán siempre cruzadas:

¡ya es eterna su actitud!

Al noble corazón tierno

que sólo por ti latió,

como a pájaro en invierno

la noche lo congeló.

—¿Y su alma? ¿Por qué no viene?

¡Fue tan mía...! ¿Dónde está?

—Dios la tiene, Dios la tiene:

¡Él te la devolverá

quizá!

¡Cómo será!

SI EN EL MUNDO FUE TAN BELLA,

¿cómo será en esa estrella

dónde está?

¡Cómo será!

Si en esta prisión oscura,

en que más bien se adivina

que se palpa la hermosura,

fue tan peregrina,

¡cuán peregrina será

en el más allá!

Si de tal suerte me quiso

aquí, cómo me querrá

en el azul paraíso

en donde mora quizá?

¡Cómo me querrá!

Si sus besos eran tales

en vida, ¡cómo serán

sus besos espirituales!

¡Qué delicias inmortales

no darán!

Sus labios inmateriales,

¡cómo besarán!

Siempre que medito en esa

dicha que alcanzar espero,

clamo, cual Santa Teresa,

que muero porque no muero:

hallo la vida muy tarda

y digo: ¿cómo será

la ventura que me aguarda

donde ella está? ¡Cómo será!

La cita

Llamaron quedo, muy quedo,
a la puerta de tu casa...

VILLAESPESA

HAS ESCUCHADO?

Tocan la puerta...

—La fiebre te hace

desvariar.

—Estoy citado

con una muerta,

y un día de éstos ha de llamar...

Llevarme pronto me ha prometido;

a su promesa no ha de faltar...

Tocan la puerta. Qué, ¿no has oído?

—La fiebre te hace desvariar.

Nadie conoce el bien

HABÍA UN ÁNGEL CERCA DE MÍ,
mas no le vi...

Posó las plantas maravillosas
entre las zarzas de mi erial, y
yo, en tanto, estaba viendo otras cosas.

Cuando, callado, tendió su vuelo
y quedó al irse torvo mi cielo,
mi vida huérfana, mi alma vacía,
comprendí todo lo que perdía.

Alcé los ojos despavorido,
llamé al ausente con un gemido,
plegó mis labios convulso gesto...

Mas pronto el ángel dejó traspuesto,
con vuelo de ímpetu soberano,
las lindes negras del mundo arcano,
y todo vano fue... ¡todo vano!

¡Quién del espacio devuelve un ave!

¡Qué imán atrae a un dios ya ido!

Dice el proloquio que nadie sabe
el bien que tiene... ¡sino perdido!

Reparación

¡EN ESTA VIDA NO LA SUPE AMAR!

Dame otra vida para reparar,

¡oh Dios!, mis omisiones,

para amarla con tantos corazones

como tuve en mis cuerpos anteriores;

para colmar de flores,

de risas y de gloria sus instantes;

para cuajar su pecho de diamantes

y en la red de sus labios dejar presos

los enjambres de besos

que no le di en las horas ya perdidas...

Si es cierto que vivimos muchas vidas

(conforme a la creencia

teosófica), Señor, otra existencia

de limosna te pido

para quererla más que la he querido,

para que en ella nuestras almas sean

tan una, que las gentes que nos vean

en éxtasis perenne ir hacia Dios
digan: «¡Cómo se quieren esos dos!»
A la vez que nosotros murmuramos
con un instinto lúcido y profundo
(mientras que nos besamos
como locos): «¡Quizá ya nos amamos
con este mismo amor en otro mundo!»

¡Cómo callan los muertos!

¡QUÉ DESPIADADOS SON

en su callar los muertos!

Con razón

todo mutismo trágico y glacial,

todo silencio sin apelación

se llaman: *un silencio sepulcral*.

Me besaba mucho

ME BESABA MUCHO; COMO SI TEMIERA

irse muy temprano... Su cariño era

inquieto, nervioso.

Yo no comprendía

tan febril premura. Mi intención grosera

nunca vio muy lejos...

¡Ella presentía!

Ella presentía que era corto el plazo,

que la vela herida por el latigazo

del viento, aguardaba ya..., y en su ansiedad

quería dejarme su alma en cada abrazo,

poner en sus besos una eternidad.

Aquel olor...

Era un´amicizia «di terra lontana»

GABRIELE D'ANNUNZIO

¿EN QUÉ CUENTO TE LEÍ?

¿En qué sueño te soñé?

¿En qué planeta te vi

antes de mirarte aquí?

¡Ah! ¡No lo sé..., no lo sé!

Pero brotó nuestro amor

con un *antiguo* fervor,

y hubo, al tendernos la mano,

cierta emoción *anterior*,

venido de lo lejano.

Tenía nuestra amistad

desde el comienzo un cariz

de otro sitio, de otra edad,

y una familiaridad

de indefinible matiz...

Explique alguien (si la osa)

el hecho, y por qué, además,
de tus caricias de diosa
me queda una misteriosa
esencia sutil de rosa
que viene de un siglo atrás...

Regnum tuum

FUERA, SONRISAS Y SALUDOS,

vals, esnobismo de los clubs,

mundanidad oropelesca.

Pero al volver a casa, tú.

En el balcón, en la penumbra,

vuelos a los ojos al azul,

te voy buscando en cada estrella

del misterioso cielo augur.

¿Desde qué mundo me contemplas?

¿De qué callada excelsitud

baja tu espíritu a besarme?

¿Cuál el astro cuya luz

viene a traerme tus miradas?

¡Oh qué divina es la virtud

con que la noche penetra

bajo su maternal capuz!

Hasta mañana, salas frívolas,

trajín, ruidos, inquietud,

mundanidad oropelesca,

poligonales fracs, abur.

Y tú, mi muerta, ¡buenas noches!

¿Cómo te va? ¿Me amas aún?

Vuelvo al encanto misterioso,

a la inefable beatitud

de tus lejanos besos místicos.

¡Aquí no reinas más que tú!

Este libro

UN RIMADOR OBSCURO

que no proyecta sombra,

un poeta maduro

a quien ya nadie nombra,

hizo este libro, amada,

para vaciar en él

como turbia oleada

de lágrimas y hiel.

Humilde florilegio,

pobre ramo de rimas,

su solo privilegio

es que acaso lo animas

tú, con tu santo soplo

de amor y de ternura,

desde el astro en que estás.

¡Un dolor infinito

labró en él con su escoplo

tu divina escultura,

como un recio granito,

para siempre jamás!

Ya todo es imposible

¡DIOS NO HA DE DEVOLVÉRTELA PORQUE LLORES!

Mientras tú vas y vienes por la casa

vacía; mientras gimes,

la pobre está pudriéndose en su agujero.

¡Ya todo es imposible!

Así llenaras veinte lacrimatorias

con la sal de tus ojos; así suspires

hasta luchar en ímpetu

con el viento que pasa, destrozando

las flores de tus jardines;

así solloces hasta herir la entraña

de la noche sublime,

nada obtendrás: la Muerte no devuelve

sino cenizas a los tristes...

La pobre está pudriéndose en su agujero,

¡Ya todo es imposible!

Dios lo ha querido... Inclina la cabeza,

humíllate, humíllate

y aguarda, recogido, en las tinieblas,
¡el beso de la Esfinge!

Esperanza

Y POR QUÉ NO HA DE SER VERDAD EL ALMA?

¿Qué trabajo le cuesta al Dios que hila

el tul fosfóreo de las nebulosas

y que traza las tenues pinceladas

de luz de los cometas incansables

dar al espíritu inmortalidad?

¿Es más incomprensible por ventura

renacer que nacer? ¿Es más absurdo

seguir viviendo que el haber vivido,

ser invisible y subsistir, tal como

en redor nuestro laten y subsisten

innumerables formas, que la ciencia

sorprende a cada instante

con sus ojos de lince?

Esperanza, pan nuestro cotidiano;

esperanza nodriza de los tristes;

murmúrame esas íntimas palabras

que en silencio de la noche fingen,

en lo más escondido de mi mente,

cuchicheo de blancos serafines...

¿Verdad que he de encontrarme con mi muerta?

Si lo sabes, ¿por qué no me lo dices?

El resto ¿qué es?

TÚ ERAS LA SOLA VERDAD DE MI VIDA,
el resto, ¿qué es?

Humo... palabras, palabras, palabras...

¡mientras la tumba me hace enmudecer!

Tú eras la mano cordial y segura

que siempre estreché

con sentimiento de plena confianza

en tu celeste lealtad de mujer.

Tú eras el pecho donde mi cabeza

se reposó bien,

oyendo el firme latir de la entraña

que noblemente mía sólo fue.

Tú lo eras todo: ley, verdad y vida...

El resto, ¿qué es?

Nihil novum

¡CUÁNTOS, PUES, HABRÁN AMADO

como mi alma triste amó...

y cuántos habrán llorado

como yo!

¡Cuántos habrán padecido

lo que padecí,

y cuántos habrán perdido

lo que perdí!

Canté con el mismo canto,

lloro con el mismo llanto

de los demás,

y esta angustia y este tedio

ya los tendrá sin remedio

los que caminan detrás.

Mi libro sólo es, en suma,

gotícula entre la bruma,

molécula en el crisol

del común sufrir, renuevo

del Gran Dolor: ¡Nada nuevo

bajo el sol!

Mas tiene cada berilo

su manera de brillar,

y cada llanto su estilo

peculiar.

Por miedo

LA DEJÉ MARCHARSE SOLA...

y, sin embargo, tenía

para evitar mi agonía

la piedad de una pistola.

»¿Por qué no morir? —pensé.

¿Por qué no librarme desta

tortura? ¿Ya qué me resta

después que ella se me fue?

Pero el resabio cristiano

me insinuó con voces graves:

»¡Pobre necio, tú que sabes!»

Y paralizó mi mano.

Tuve miedo..., es la verdad;

miedo, sí, de ya no verla,

miedo inmenso de perderla

por toda una eternidad.

Y preferí, no vivir,

que no es vida la presente,

sino acabar lentamente,
lentamente, de morir.

¡Cuántos desiertos interiores!

¡CUÁNTOS DESIERTOS INTERIORES!

Heme aquí joven, fuerte aún,

y con mi heredad ya sin flores.

Némesis sopló en mis alcores

con bocanadas de simún.

De un gran querer, noble y fecundo,

sólo una trenza me quedó...

¡y un hueco más grande que el mundo!

Obra fue todo de un segundo.

¿Volveré a amar? ¡Pienso que no!

Sólo una vez se ama en la vida

a una mujer como yo amé;

y si la lloramos perdida

queda el alma tan malherida

que dice a todo: «—¡Para qué!»

Su muerte fue mi premonición,

pues que su vida era razón

de ser de toda mi existencia.

Pensarla es ya mi sola ciencia...

¡Resignación! ¡Resignación!

Eso me basta

ESTE LIBRO TIENE MUCHOS PRECEDENTES,

tantos como gentes

habrán sollozado

por un bien amado,

desaparecido,

por un gran amor extinguido.

Tal vez muchos otros lloraron mejor

su dolor que yo mi inmenso dolor,

quizá (como eran poetas mayores)

había en sus lágrimas mucho más fulgores...

Yo en mis tristes rimas no pretendo nada:

para mí es bastante

con que mi adorada

para siempre ida,

detrás de mi hombro las lea anhelante

y diga: «Éste sí que es un buen amante

que nunca me olvida.»

¡Qué bien están los muertos!

¡QUÉ BIEN ESTÁN LOS MUERTOS,

ya sin calor ni frío,

ya sin tedio ni hastío!

Por la tierra cubiertos,

en su caja extendidos,

blandamente dormidos...

¡Qué bien están los muertos

con las manos cruzadas,

con las bocas cerradas!

¡Con los ojos abiertos,

para ver el arcano

que yo persigo en vano!

¡Qué bien estás, mi amor,

ya por siempre exceptuada

de la vejez odiada,

del verdugo dolor...;

inmortalmente joven,

dejando que te troven

su trova cotidiana
los pájaros poetas
que moran en las quietas
tumbas, y en la mañana,
donde la Muerte anida,
saludan a la vida!

Bonsoir...

Donc, bonsoir, mignon, et à demain

(Palabras que Ana me dejó escritas una
noche en que tuvimos que separarnos)

BUENAS NOCHES, MI AMOR, Y HASTA MAÑANA!

Hasta mañana, sí, cuando *amanezca*,

y yo, después de cuarenta años

de incoherente soñar, abra y estriegue

los ojos del espíritu,

como quien ha dormido mucho, mucho,

y vaya lentamente despertando,

y, en una progresiva lucidez,

ate los cabos del ayer de mi alma

(antes de que la carne la ligara)

y de hoy prodigioso

en que habré de encontrarme, en ese plano

en que ya nada es ilusión y todo

es verdad...

¡Buenas noches, amor mío,

buenas noches! Yo quedo en las tinieblas

y tú volaste hacia el amanecer...

¡Hasta mañana, amor, hasta mañana!

Porque, aun en cuando el destino

acumulara lustro sobre lustro

de mi prisión por vida, son fugaces

esos lustros; sucedense los días

como rosarios, cuyas cuentas magnas

son los domingos...

Son los domingos, en que, con mis flores,

voy invariablemente al cementerio

donde yacen tus formas adoradas.

¿Cuántos ramos de flores

he llevado a tu tumba? No lo sé.

¿Cuántos he de llevar? Tal vez ya pocos!

Tal vez ya pocos! ¡Oh, qué perspectiva

deliciosa!

¡Quizá el carcelero

se acerca con sus llaves resonantes

a abrir mi calabozo para siempre!

¿Es por ventura el eco de sus pasos
el que se oye, a través de la ventana,
avanzar por los quietos corredores?
¡Buenas noches, amor de mis amores!
Hasta luego, tal vez..., o hasta mañana.

Soneto

¡QUÉ SON DIEZ AÑOS PARA LA VIDA DE UNA ESTRELLA!

Mas para el triste amante que encontró la mitad

de su alma en el camino, y se enamoró della,

diez años de connubio son una eternidad.

Diez años, cuatro meses y siete días quiso

el Arcano, que encauza las vidas paralelas,

juntarnos no en meloso y estulto paraíso,

sino en la comunión de las almas gemelas.

Conducidos marchamos

por un amor experto;

del brazo siempre fuimos,

y tal nos adoramos,

que... ¡no sé quién ha muerto,

o si los dos morimos!

Seis meses...

¡SEIS MESES YA DE MUERTA! Y EN VANO HE PRETENDIDO

un beso, una palabra, un hálito, un sonido...

y, a pesar de mi fe, cada día evidencio

que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Si yo me hubiese muerto, ¡qué mar, qué cataclismos,

qué vórtices, qué nieblas, qué cimas ni qué abismos

burlaran mi deseo febril y omnipotente

de venir por las noches a besarte en la frente,

de bajar, con la luz de un astro zahorí,

a decirte al oído: «¡No te olvides de mí!»

Y tú, que me querías tal vez más que te amé,

callas inexorable, de suerte que no sé

sino dudar de todo, del alma, del destino,

¡y ponerme a llorar en medio del camino!

Pues con desolación infinita evidencio

que detrás de la tumba ya no hay más que silencio...

Piedad

NO PORQUE ESTÁ CALLADA

y ya no te responde, la motejes;

no porque yace helada,

severa, inmóvil, rígida, la huyas;

no porque está tendida

y no puede seguirte ya, la dejes;

no porque está perdida

para siempre jamás, la sustituyas!

Pobrecita mía

BIEN SÉ QUE NO PUEDES,

pobrecita mía,

venir a buscarme.

¡si pudieras, vendrías!

Acaso te causan

dolor mis fatigas,

mis ansias de verte,

mis quejas baldías,

mi tedio implacable,

mi horror por la vida.

¡No puedes traerme consuelo!

¡Si pudieras, vendrías!

¿Qué honda, qué honda

debe ser la sima

donde caen los muertos,

pobrecita mía!

¡Qué mares sin playas

qué noche infinita

qué pozos danaideos,
qué fieras estigias
deben separarnos de los que se mueren
desgajando en dos
almas una misma,
para que no puedas venir a buscarme!
Si pudieras, vendrías...

Los muertos mandan

LOS MUERTOS MANDAN. ¡SÍ, TÚ MANDAS, VIDA MÍA!

Si ejecuto una acción, digo: «¿Le gustaría?»

Hago tal o cual cosa pensando: «¡Ella lo hacía!»

Busco lo que buscabas, lo que dejabas de hacer,

amo lo que tú amabas, copio como un espejo

tus costumbres, tus hábitos... ¡Soy no más tu reflejo!

Lejanía

¡PARECE MENTIRA QUE HAYAS EXISTIDO!

Te veo tan lejos...

Tu mirada, tu voz, tu sonrisa,

me llegan al fondo de un pasado inmenso...

Eras más sutil

que mi propio ensueño;

eres el fantasma de un fantasma,

eres el espectro de un espectro...

Para reconstruir tu imagen remota

he menester ya de un enorme esfuerzo.

¿De veras me quisiste? ¿De veras me besabas?

¿De veras recorrías la casa, hoy en silencio?

¿De veras, en diez años, tu cabecita rubia

reposó por las noches, confiada en mi pecho?

¡Ay qué perspectivas ésas de la muerte!

¡Qué horizontes tan bellos!

¡Cuál os divinizan, oh difuntas jóvenes,

con sus lejanías llenas de misterio!

¡Qué consagraciones tan definitivas

las que da el Silencio!...

¡Cuál os vuelve míticas, casi fabulosas!

¡Qué tristes mujeres de carne y de hueso,

con sus pobres encantos efímeros,

podrían venceros?

Tenéis un augusto prestigio de estatua,

y por un fenómeno de rareza lleno,

mientras más distantes, más imperiosas

vais agigantandoos en el pensamiento.

Pero yo te amo

YO NO SÉ NADA DE LA VIDA,

yo no sé nada del destino,

yo no sé nada de la muerte;

¡pero te amo!

Según la buena lógica, tú eres luz extinguida;

mi devoción es loca, mi culto, desatino,

y hay una insensatez infinita en quererte;

¡pero te amo!

Vivir sin tus caricias

VIVIR SIN TUS CARICIAS

Vivir sin tus caricias es mucho desamparo;

vivir sin tus palabras es mucha soledad;

vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo y claro,

es mucha obscuridad...

Por esta selva...

POR ESTA SELVA TAN ESPESA,

donde nunca el sol penetró,

buscando voy una princesa

que se me perdió.

Entre los árboles copudos,

entre las lianas verdinegras

que trepan por los desnudos

troncos, como culebras;

entre las rocas de hosquedad

hostil y provocativa

y la pavorosa soledad

y la penumbra esquiva,

buscando voy una princesa

rubia como la madrugada

que no ha partido y que no regresa

desta espesura malhadada.

Dicen que al fin de aquella ruta,

que bordan el ciprés y el enebro,

hay una reina muy enjuta
que mora en un castillo muy negro;
que guarda en fieros torreones
otras princesas como la mía,
y que es sorda a las rogaciones
del desamparo y la agonía.
Mas, acaso si yo pudiese
ver a la reina, y su huella
seguir astuto, al cabo diese
con el castillo negro... ¡y con Ella!
Pero el más seguro instinto
no se sentiría capaz
de guiarse por el laberinto
desta penumbra pertinaz.
Es que el espíritu presiente
algo fatal que se avecina,
y es que acaso es más imponente
que lo que vemos claramente
lo que tan sólo se adivina.
Heme aquí, pues, con la alma opresa

en medio de obscuridad,
enamorado de una princesa
que se perdió en la selva espesa
tal vez por una eternidad...

El viaje

PARA CALMAR A VECES UN POCO EL SOBERANO,
el invencible anhelo de volverte a mirar,
me imagino que viajas por un país lejano
de donde es muy difícil, ¡muy difícil!, tornar.
Así mi desconsuelo, tan hondo, se divierte;
doy largas a mi espera, distraigo mi hosco esplín,
y, pensando en que tornas, en que ya voy a verte,
un día, en cualquier parte, me cogerá la muerte
y me echará en tus brazos, ¡por fin, por fin, por fin!

Sin rumbo

POR DIEZ AÑOS SU DIÁFANA EXISTENCIA FUE MÍA.

Diez años en mi mano su mano se apoyó,

¡y en sólo unos instantes se me puso tan fría,

que por siempre mis besos congeló!

¡Adónde iréis ahora, pobre nidada loca

de mis huérfanos besos, si sus labios están

cerrados, si hay un sello glacial sobre su boca,

si su frente divina se heló bajo su toca,

si sus ojos ya nunca se abrirán!

Después

DESPUÉS DE AQUELLA BRAVA AGONÍA,

ya me resigno..., ¡sereno estoy!

Yo, que con ella nada pedía,

hoy, ya sin ella, sólo querría

ser noble y bueno... ¡mientras me voy!

Es un bendito nombre, que adoro,

ser noble y bueno, y al expirar,

poder decirme: «¡Nada atesoro:

di toda mi alma, di todo mi oro,

di todo aquello que pude dar!»

Desnudo torno como he venido;

cuanto era mío, mío no es ya:

como un aroma me he difundido

como una esencia me he diluido,

y, pues que nada tengo ni pido,

¡Señor, al menos vuélvemela!

¡Oh, muerte!

MUERTE, ¡CÓMO TE HE DESEADO!

¡con qué fervores te he invocado!,

¡con qué anhelares he pedido

a tu boca su beso helado!

¡Pero tú, ingrata, no has oído!

¡Vendrás, quizá, con paso quedo

cuando de partir tenga miedo,

cuando la tarde me sonría

y algún ángel, con rostro ledó,

serene mi melancolía!

Vendrás, quizá, cuando la vida

me muestre una veta escondida

y encienda para mí una estrella.

¡Qué importa! Llega, ¡oh Prometida!

¡Siempre has de ser la bien venida,

pues que me juntarás con Ella!

Alquimia

BIEN SÉ QUE PARA VERTE

he menester la alquimia de la muerte

que me transmute en alma, y delirante

de amor y de ansiedad, a cada instante

que llega, lo requiero

diciéndole: «Ah, si fueses tú el postrero!»

Es tan desmesurado, tan divino

y tan hondo el futuro que adivino

a través de las rutas estelares,

y de uno en otro de los avatares,

siempre contigo, noble compañera,

que por poder morir, ¡ay, qué no diera!

Diálogo

EL DESALIENTO

¡Por qué empeñarse en buscar
a quién se quiere esconder!
Si Dios no se deja ver,
alma, ¿cómo les has de hallar?
Y aún pretendes lograr
que esa esfinge que se esconde
y calla, te diga dónde
recobrarás a tu muerta.
¡Ilusa, llama a otra puerta,
que en ésta nadie responde!
La esperanza
Hay que empeñarse en buscar
a quien se quiere esconder.
Si Dios no se deja ver,
alma, le tienes que hallar
por fuerza.
Y has de lograr

que esa esfinge que se esconde

y calla, te diga dónde

recobrarás a tu muerta.

¡Si la Fe llama a una puerta,

el Amor siempre responde!

Tal vez...

TAL VEZ YA NO LE IMPORTA MI GEMIDO

en el indiferente edén callado

en que el espíritu desencarnado

vive como dormido...

Tal vez ni sabe ya cómo he llorado

ni cómo he padecido.

En profundo quietismo,

su alma, que antes me amara de tal modo,

se desliza glacial por ese abismo

del eterno mutismo,

olvidada de sí, de mí, de todo...

Lux perpetua

SI HA DE SER CONDICIÓN DE MI DICHA EL OLVIDO
de ti, quiero estar triste siempre (como he vivido).

Prefiero la existencia más árida y doliente
al innoble consuelo de olvidar a mi ausente.

Por lo demás, ¡qué tengo sin ti de cosa propia,
que me halague o sonría en esta clara inopia,
ni qué luz en mis noches me quedará si pierdo
también la lamparita cordial de tu recuerdo!

Un signo

ETERNIDAD: ¡DEVUÉLVEME LO QUE ME HAS SUBSTRAÍDO!

Abismo: ¡restitúyeme lo que sorbió tu hondura!

Esfinge: ¡escucha mi alarido!

¡Compadécete ya, Noche obscura!

Oye mi imploradora

voz, ¡oh Isis!; desgarrar tu capuz...

y tú, lucero ignoto en que ella mora,

¡por piedad, hazme un signo de luz!

¿Por qué?

¿POR QUÉ TÚ QUE ME AMABAS CON ESA MULTIFORME
SOLICITUD

celeste, me dejas hoy? ¿Por qué no acudes a mis lágrimas?

—Es un misterio enorme... —Es un misterio enorme...,

¡pero yo lo sabré!

Eternidad

LA MUERTE! ALLÍ SE AGOTA TODO ESFUERZO,
allí sucumbe toda voluntad.

¡La Muerte! ¡Lo que ayer fue nuestro Todo
hoy sólo es nuestra Nada!... ¡Eternidad!

¡Silencio!... El máximo silencio
que es posible encontrar.

¡Silencio!... ¡Ultrasilencio,
y no más! ¡Oh, no más!

¡Ni una voz en la noche
que nos pueda guiar!

Ana, razón suprema de mi vida,
¿dónde estás, dónde estás, dónde estás?

Se abisma en el abismo el pensamiento,
se enlobreguece, ¡al fin!, todo mirar

en esta lobreguez inexorable,

y desespera, a fuerza de esperar,

la más potente de las esperanzas.

¡Eternidad, eternidad!

El encuentro

¿POR QUÉ PERMANECISTE SIEMPRE SORDA A MI GRITO?

¡Dios sabe cuántas veces, con amor infinito,

te busqué en las tinieblas, sin poderte encontrar!

Hoy —¡por fin!— te recobro: todo, pues, era cierto...

¡Hay un alma! ¡Qué dicha! No es que sueñe despierto...

¡Te recobro! ¡Me miras y te vuelvo a mirar!

—Me recobras, amigo, porque ya eras un muerto:

De fantasma a fantasma nos podemos amar.

Impaciencia

SOY UN VIAJERO QUE TIENE PRISA
de partir.

Soy un alma impaciente e insumisa
que se quiere ir.

Soy un ala que trémula verbero...

¿Cuándo vas, oh Destino, a quitar
de mi pie tu grillete de acero
y —¡por fin!— a dejarme volar?

Dilema

O NO HAY ALMA, Y MI MUERTA YA NO EXISTE

(conforme el duro y cruel «polvo serás»)...

o no puede venir, y está muy triste;

pero olvidarse de mi amor, ¡jamás!

Si de lo que ella fue sólo viviese

un átomo consciente, tras la fría

transmutación de los sepulcros, ¡ese

átomo de conciencia me amaría!

7 De Noviembre (1912)

LA NOCHE EN QUE ESTABA TENDIDA (HOY HACE DIEZ MESES)

era la noche última que iba a pasar un su casa, bajo nuestro techo acogedor. ¡En su casa, donde siempre había sido el alma, y la luz, y todo! ¡En su casa, donde la adorábamos con la más vieja, noble y merecida ternura; donde cuanto la rodeaba era suyo, afectuosamente suyo! ¡Y habría que echarla fuera al día siguiente! Fuera, como a una intrusa... Fuera el pleno invierno, entre el trágico sollozar de los cierzos. Y habría que alejarla de nosotros como a una cosa impura, nefanda; ¡que esconderla en un cajón enlutado y hermético!, y llevarla lejos, por el campo llovido, por los barrizales infectos, para meterlo en un agujero sucio y glacial. ¡A ella, que había disfrutado por más de diez años la blancura tibia de la mitad de mi lecho! ¡A ella, que había tenido mi hombro viril y seguro como almohada de su cabecita luminosa! ¡A ella, que vio mi solicitud tutelar encendida siempre como una

lámpara sobre su existencia!

¡Oh, Dios, dime si sabes de una más despiadada angustia,
y si no merezco ya que brille para mí tu misericordia!...

La santidad de la muerte

LA SANTIDAD DE LA MUERTE

llenó de paz tu semblante,

y yo no puedo ya verte

de mi memoria delante,

sino en el sosiego inerte

y glacial de aquel instante.

En el ataúd exiguo,

de ceras a la luz fatua,

tenía tu rostro ambiguo

quietud augusta de estatua

en un sarcófago antiguo.

Quietud con yo no sé qué

de dulce y meditativo;

majestad de lo que fue;

reposo definitivo

de quien ya sabe el *porqué*.

Placidez, honda, sumisa

a la ley; y en la gentil

boca breve, una sonrisa
enigmática, sutil,
iluminando indecisa
la tez color de marfil.
A pesar de tanta pena
como desde tanto siento,
aquella visión me llena
de blando recogimiento
y unción..., como cuando suena
la esquila de algún convento
en una tarde serena...

Impotencia

SEÑOR, PIEDAD DE MÍ PORQUE NO PUEDO

consolarme... Lo intento, mas en vano.

Me sometí a tu ley porque eras fuerte:

¡El fuerte de los fuertes!... Pero acaso

es mi resignación sólo impotencia

de vencer a la Muerte, cuyo ácido

ósculo corrosivo,

royendo el corazón que me amó tanto,

royó también mi voluntad de acero...

¡La Muerte era titánica; yo, átomo!

Señor, no puedo resignarme, no!

¡Si te digo que ya estoy resignado,

y si murmuro fiat voluntas tua,

miento, y mentir a Dios es insensato!

¡Ten piedad de mi absurda rebeldía!

¡Que te venza, Señor, mi viril llanto!

¡Que conculque tu ley tu piedad misma!...

Y revive a mi muerta como a Lázaro

o vuélveme fantasma como a ella,
para entrar por las puertas del Arcano
y buscar en el mundo de las sombras
el deleite invisible de sus brazos.

Bendita...

BENDITA SEAS, PORQUE ME HICISTE

amar la muerte, que antes temía.

Desde que de mi lado te fuiste,

amo la muerte cuando estoy triste;

si estoy alegre, más todavía.

En otro tiempo, su hoz glacial

me dio terrores; hoy, es amiga.

¡Y la presiento tan maternal!...

Tú realizaste prodigio tal.

¡Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga!

Al encontrar unos frascos de esencia

HASTA SUS PERFUMES DURAN MÁS QUE ELLA!

Ved aquí los frascos, que apenas usó,

y que reconstruyen para mí la huella

sutil que en la casa dejó...

Herméticamente encerrada,

la esencia en sus pomos no se escapará.

Mientras que el espíritu de mi bien amada,

más imponderable, más tenue quizá,

voló de sus labios, redoma encantada,

¡y en dónde estará!

Señuelo

LA MUERTE NADA QUIERE CON LOS TRISTES.

Subrepticia y astuta,
aguarda a que ríamos
para abrirnos la tumba
y, con su dedo trágico, de pronto
señalarnos la húmeda
oquedad, y empujarnos brutalmente
hacia su infecta hondura.
Mas yo tengo tal gana de que venga,
que voy a ser feliz para que acuda,
para que sea mi reír señuelo,
y ella caiga en la trampa de venturas
ruidosas, que en el fondo son tristezas...
¿La engañaré? ¡Quizá, si tú me ayudas
desde la eternidad, oh inmarcesible
amada, oh novia única,
cuyos besos de sombra
he de reconquistar, pese a la Enjuta

que te mató a mansalva hace once meses,
dejando a un infeliz por siempre a oscuras!

Yo no debo irme...

YO NO DEBO IRME: TENGO QUE ESPERAR

hasta que la muerte venga a llamar.

¡Tengo que esperar!

¡Cuánto tarda, cuánto!...

Pero el tiempo corre

y a veces escucho, cerca de mi torre,

entre las tinieblas, cauteloso andar...

Mucho andar, pero tiene que llegar.

Rejas insidiosas, rejas que vedáis

para mí la vida, que cuadriculáis

para mí los aires; impasibles rejas,

duras a mis dedos, sordas a mis quejas:

habrán de limaros mis firmes anhelos,

y quizá una noche me abriréis los cielos.

Mucho, tal vez mucho tengo de esperar;

pero al fin la muerte me vendrá a llamar.

Resurrección

YO SOY TAN POCA COSA, QUE NI UN DOLOR MEREZCO...

Mas tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor.

Ha un año que lo sufro, y un año ya que crezco

por él en estatura espiritual, señor.

¡Oh Dios, no me lo quites! Él es la sola puerta

de luz que yo vislumbro para llegar a Ti.

Él es la sola vida que vive ya mi muerta:

mi llanto, diariamente, la resucita en mí.

¡Reyes!

¡OH, REYES, ME TRAJISTEIS HACE UN AÑO UN PRESENTE
excepcional: un gran dolor!

Fuisteis conmigo pródigos, cual monarcas de
Oriente,
Baltasar, Gaspar y Melchor.

Durante las tristísimas horas de vuestra noche,
terribles horas de expiación,
mi solo bien, mi frágil azucena, su broche
plegaba ya sin remisión.

Todo fue inútil: llanto, plegarias. Y al siguiente
día vi agostarse mi flor.

Fuisteis conmigo pródigos, monarcas del Oriente;
vuestros tres dromedarios trajéronme el presente
más grande, ¡oh Baltasar, oh Gaspar, oh Melchor!

Hasta muriéndote

HASTA MURIÉNDOTE ME HICISTE BIEN,

porque la pena de aquel edén

incomparable que se perdió,

trocando en ruego mi vieja rima,

llevó mis ímpetus hacia la cima,

pulió mi espíritu como una lima

y como acero mi fe templó.

Hoy, muy dolido, mas ya sereno,

por ti quisiera ser siempre bueno,

de los que sufren tengo piedad;

en mi alma huérfana, sólo Dios priva,

nada mi vuelo mental cautiva,

y es mi esperanza cual siempre viva

que se abre a un beso de eternidad.

¡Qué importa!

¡QUÉ IMPORTA QUE NO SEPAS COMO TE SIGO AMANDO
más allá del sepulcro, si lo sé yo con creces!

¡Qué importa que no escuches cómo estoy sollozando
si escucho mi sollozo yo, que soy tú dos veces!

Quedamente

ME LA TRAJO QUEDO, MUY QUEDO, EL DESTINO,

y un día, en silencio me la arrebató;

llegó sonriendo; se fue sonriente;

quedamente vino;

vivió quedamente;

¡queda... quedamente desapareció!

El que más ama

SI NO TE SUPE YO COMPRENDER,

si una lágrima te hice verter,

bien sé que al cabo perdonarás

con toda tu alma... ¡Qué vas a hacer!

¡El que más ama perdona más!

¡Si pudiera ser hoy!...

COMO VERTE ES EL ÚNICO IDEAL QUE PERSIGO,

sin vivir en mí estoy,

y muriendo del ansia de reunirme contigo,

cada día me digo

«¡Si pudiera ser hoy!»

Perdón

PERDÓNAME, IDEAL, PARA QUE PUEDA

irme en paz al venir mi última hora...

Es tan dulce el perdón: ¡prerrogativa

de los Dioses! Perdóname, Inmortal:

«El que todo lo sabe lo perdona

todo», y hoy, Ideal, todo lo sabes

con la sabiduría de la muerte.

Que tu perdón en mi alma se derrame

como un rayo de luna en el silencio

de una mística noche...

Que caiga como pétalos de lirio

sobre el hondo cansancio de mi vida.

Perdóname, Ideal, para que pueda

morir en paz.

La aparición

CRISTO DIJO QUE ALLÍ DONDE NOS REUNIÉSEMOS EN SU NOMBRE,

estaría Él en medio de nosotros. No es, pues, extraño que aquella noche misteriosa en que hablábamos de Él con unción cordial, de su inmensa alma diáfana, de su ternura grande como el universo, de su espíritu de sacrificio incomparable, del sabor místico de su caridad, que nos penetra y nos envuelve, Él se presentara de pronto, suavemente, en el corro.

Lejos de sorprendernos, su aparición divina nos pareció natural. Quizá no se trataba propiamente de una aparición; más bien le sentíamos dentro de nosotros; pero la realidad de su presencia era absoluta, imponente, superior a toda convicción.

En vez de turbarnos, experimentamos todos un bienestar infinito.

Cristo nos bendijo y, sonriéndonos, con aquella indecible sonrisa, nos preguntó:

—¿Qué deseáis que os dé antes de volver al padre?

—Señor —dijo Rafael—, deseo que me perdones mis pecados.

—Perdonados están —respondió Jesús, siempre sonriendo.

—Yo, Señor —dijo Gabriel—, ansío estar contigo...

—Pronto estarás —replicó Cristo amorosamente.

Y tú —me preguntó—, ¿qué quieres, hijo?

Iba a decirte algo de mi muerte; pero no sé por qué, al ver la expresión divina de su rostro, comprendí que no era preciso decirle nada; que los muertos estaban en paz en su seno, junto a su corazón, y que todas las cosas que sucedían eran paternalmente dispuestas o reparadas.

—Qué anhelas, hijo? —repitió Jesús, y yo respondí:

—Señor, ¿qué puedo anhelar, si todo está bien? Yo sólo deseo que se haga en mí tu voluntad...

Cristo me miró con ternura (¡qué mirada de éxtasis!); pasó su mano translúcida por mis cabellos...

Después se alejó sonriendo, como había venido.

Tanatofila

¡OH, MUERTE EN OTROS DÍAS, QUE RECORDAR NO PUEDO SIN

emoción profunda, te tenía yo miedo!... En medio de la noche, incapaz de dormir, clamaba congojado: «Yo tengo que morir... ¡Yo tengo que morir irremisiblemente!» Y sudores glaciales empapaban mi frente.

¿A quién tender la mano ni de quién esperar? Estaba solo, solo de la vida en el mar... Tenía un formidable aislador: la pobreza, y ningún seno de hembra brindaba en mi cabeza febril una almohada. Estaba solo, solo; ¿de quién esperar nada?

Mas pasaron los años, y un día, una chiquilla bondadosa me quiso. ¡Era noble, sencilla; la fortuna la había tratado con rigor: nos unimos... y, juntos, nos hallamos mejor!

Entonces, si la muerte volvía, con su quedo andar, yo le tenía ya mucho menos miedo. Buscaba, despertando, la diestra tan leal de mi amiga, y con ímpetu resuelto,

fraternal, la estrechaba, pensando: «¡Con ella nada temo! Con tal de marchar juntos, ¿qué importan tu su115 premo horror y tus supremos abismos, oh, callada Eternidad?... Con ella no temo nada, nada.

¿El infierno? —¡El infierno será donde ella falte! ¿Y el cielo? —Pues donde ella se encuentre... Que me exalte o me deprime tanto como quiera mi estrella: ¿Qué importa, si desciendo y asciendo yo con ella? ¿Qué más me dan las hondas negruras del Arcano, si voy por los abismos cogido de su mano?»

¡Pero tanta ventura enojó no sé a quién en las tinieblas, y una hoz me segó mi bien! Una garra de sombra solapando su dolo, me la mató... ¡y entonces me volví a quedar solo! Solo, pero con una soledad más terrible que antes.

Sollozando, buscaba a la Invisible y pedía piedad a lo desconocido; abriendo bien los ojos y aguzando el oído, en un mutismo trágico, pretendía escuchar siquiera una palabra que me hiciese esperar...

Mas no plugo a la Esfinge responder a mi grito, y ante el inexorable callar del Infinito (tal vez indiferente, tal

vez hosco y fatal) escondí en lo más hondo del corazón mi mal, y apático y ayuno de deseo y de amor, entré resueltamente dentro de mi Dolor como dentro de una gran torre silenciosa...

Mis pobres rimas fieles me decían: «Reposa, y luego, con nosotras, canta el mal que sufriste; ven, duerme en nuestro dulce regazo, no estés triste. ¡Aún hay muchas cosas que cantar..., cobra fe!»

Y yo les respondía: «¡Para qué! ¡para qué!...» Mas ellas insistían; en mi redor volaban, y como eran las únicas que no me abandonaban, acabé por oírlas...

Un libro, gota a gota, se rezumó, con lágrimas y sangre, de la rota entraña; un haz de rimas brotó para el Lucero inaccesible, un libro de tal suerte sincero, tan íntimo, tan hondo, que si desde su fría quietud ella lo viese... me lo agradecería.

Después de haber escrito, quedé más resignado, como si en su fiel ánfora hubiese yo vaciado todo lo cespado y turbio de mi dolor presente, dejando en la alma sólo la linfa transparente, el caudal cristalino, diáfano, de mi pena, profundo cual la noche, cual la noche serena.

Y aquel fantasma negro, que miraba temblando yo antes,
blandamente se fue transfigurando... En la pálida
faz del espectro, indecisa como un albor naciente, brotaba
una sonrisa; brotaba una sonrisa tan cordial, de tal
suerte hospitalaria, que me pareció la Muerte más madre
que las madres; su boca, ayer horrible, más que todas
las bocas de hembra apetecible, sus brazos, más seguros
que todos los regazos... ¡Y acabé por echarme, como
un niño, en sus brazos!

Hoy, ella es la divina barquera en quien me fío; con
ella, nada temo; con ella nada ansío. En su gran barca de
ébano, llena de majestad, me embarcaré tranquilo para la Eternidad.

Restitución

¿ENCONTRARÁ LA CIENCIA LAS ALMAS DE LOS MUERTOS

un día, y a la angustia y el llanto que los van
buscando, del Enigma por los limbos inciertos,
responderá la boca del abismo: «Aquí están»?

¿Descubriremos ondas etéreas que transmitan
a los desaparecidos la voz de nuestro amor,
y habrá para lo que ellos decirnos necesitan
algún maravilloso y oculto receptor?

¡Oh milagro, tu sola perspectiva nos pasma!

Pero ¿qué hay imposible para la voluntad
del hombre, que a su antojo tenaz todo lo plasma?

¡Ante el imperativo del genio, mi fantasma
tendrás que devolverme por fuerza, Eternidad!

Buscando

ENTRE EL DUDOSO CORTEJO

de sombras, peregrinando

voy una sombra buscando.

En el místico reflejo

de la noche constelada

quiero hallar una mirada.

Asir anhela mi oído

una voz que se ha extinguido

entre los ecos lejanos.

Al pasar por un jardín

finge el roce de un jazmín

la caricia de *sus* manos.

¡Oh sombra, mirada, voz,

manos!; el vórtice atroz

de la eternidad callada

os sorbió. ¡Triste de mí,

que no tengo nada, nada;

que ya todo lo perdí!

Indestructible

BIEN VES, SI ME ESTÁS MIRANDO,

que desde que te perdí,

mi vida se va pasando

piadosamente pensando

en ti;

que incólume, sin desgaste,

¡oh Ideal!, has de vivir

en el alma en que anidaste,

y que lo que edificaste

ni Dios lo querrá destruir.

La bella del bosque durmiente

TU AMADA MUERTA MUERTA ES COMO UNA PRINCESA QUE
DUERME.

Su alma, en un total olvido de sí misma, flota en la noche.

Mas si tú persistes en quererla,

Un día esta persistencia de tu amor la recordará.

Su espíritu tornará a la conciencia de su ser,

y sentirás en lo íntimo de tu cerebro el suave latido de

su despertar y el influjo inconfundible de su vieja ternura que
vuelve...

Comprenderás entonces, merced a estos signos

misteriosos, que una vez más el amor ha vencido a la muerte.

ed: ella ov'e? de subito diss'io

DANTE: PARAÍSO

SI TRAS EL NEGRO MURO DE GRANITO

de la muerte hay un mundo, un más allá,

al cruzar el dintel del infinito

mi pregunta primer, mi primer grito,

ha de ser: «Y ella, y ella, ¿dónde está?»

Y una vez que te encuentre, penetrado

de una inmensa y sublime gratitud

para quien quiso fuera de ti amado

y me permite haberte recobrado,

¡a qué pedir más beatitud!

Los muertos

EL PARAÍSO EXISTE;

pero no es un lugar (cual la creencia
común pretende) tras el hosco y triste
bregar del mundo; el paraíso existe;
pero es sólo un estado de conciencia.

Los muertos no se van a parte alguna,
no emprende al azul remotos viajes,
ni anidan en los cándidos celajes,
ni tiemblan en los rayos de la luna...

Son voluntades lúcidas, atentos
y alados pensamientos
que flotan en redor, como diluidos
en la sombra; son límpidos intentos
de servirnos en todos los momentos;
son amores custodios, escondidos.

Son númenes propicios que se escudan
en el arcano, mas que no se mudan
para nosotros; que obran en las cosas

por nuestro bien, son fuerzas misteriosas,
que, si las invocamos, nos ayudan.

¡Feliz quien a su lado
tiene el alma de un muerto idolatrado
y en las angustias del camino siente
sutil, mansa, impalpable, la delicia
de su santa caricia,
como un soplo de paz sobre la frente!

Solo Tú

CUANDO LLORO CON TODOS LOS QUE LLORAN,

cuando ayudo a los tristes con su cruz,

cuando parto mi pan con los que imploran,

eres tú quien me inspira, sólo tú,

Cuando marcho sin brújula ni tino,

perdiendo de mis alas el albor

en tantos barrizales del camino,

soy yo el culpable, solamente yo.

Cuando miro al que sufre como hermano;

cuando elevo mi espíritu al azul;

cuando me acuerdo de que soy cristiano,

eres tú quien me inspira, sólo tú.

Pobres a quienes haya socorrido,

almas oscuras a las que di luz:

¡no me lo agradezcáis, que yo no he sido!

Fuiste tú, muerta mía, fuiste tú...

Benedicta

NO SÉ ADÓNDE LLEVÓSE LA MAREA

de la muerte tu ser, pero yo exclamo,

con el inmenso amor con que te amo:

»¡Dondequiera que esté, bendita sea!«

No lo sé

CREPITAN YA LAS VELAS EN LA RÍA;

tú ¿por qué no te embarcas, alma mía?

—Porque Dios no lo quiere todavía.

—Mira: piadosamente las estrellas

nos envían sus trémulas centellas...

—Bien quisiera vestirme toda de ellas!

—Tu amiga, la más tierna, ya se fue.

Los que te aman se van tras ella; ¿qué

vas a hacer tú tan sola?

—No lo sé.

El celaje

¿ADÓNDE FUISTE, AMOR, ADÓNDE FUISTE?

Se extinguió del poniente el manso fuego,

y tú, que me decías «hasta luego,

volveré por la noche»..., ¡no volviste!

¿En qué zarzas tu pie divino heriste?

¿Qué muro cruel te ensordeció a mi ruego?

¿Qué nieve supo congelar tu apego

y a tu memoria hurta mi imagen triste?

Amor, ¡ya no vendrás! En vano, ansioso,

de mi balcón atalayando vivo

el campo verde y el confín brumoso;

y me finge un celaje fugitivo

nave de luz en que, al final reposo,

va tu dulce fantasma pensativo.

